

André Roubaud

## Tres grandes novelistas analizados por sus editores (1)

MARCEL PROUST, POR GASTON GALLIMARD

### II

M. Gallimard ha querido evocar las horas de su primer encuentro con Marcel Proust, cuando ninguno de los dos pensaba en la colaboración que tan estrechamente debía unirlos más tarde, y ha considerado que se pueden omitir las relaciones profesionales y comerciales, aunque amistosas, que tuvo con el novelista cinco años antes de su muerte.

—La primera vez que lo encontré, me dijo, en Bénerville hacia 1904 ó 1905. Este primer contacto es el punto al que han venido a agruparse después todas mis impresiones.

«Yo salía con la persona que ese verano había alquilado la villa situada a orillas del camino de Villers, cuando vi venir hacia nosotros a un hombre de aspecto extravagante y atractivo. Marcel Proust llegaba a pie de Calbourg expresamente para invitar a mi amigo a comer al Grand Hotel, donde él residía. Yo ignoraba hasta su nombre. Pero me llamó la atención

---

(1) Traducimos la segunda entrevista, de una serie publicada en «Marianne», y en la que Gastón Gallimard hace a André Roubaud interesantes revelaciones acerca de su amistad con Marcel Proust.

la intensa dulzura de su mirada, y aun hoy vuelvo a verlo como se me apareciera, con su traje negro estrecho y mal abotonado, con su larga capa forrada en terciopelo, su cuello recto almidonado, su sombrero de paja deslucido, pequeñísimo y que usaba muy inclinado hacia la frente, sus hombros altos, sus cabellos espesos y abundantes, sus zapatos de charol cubiertos de polvo. Esta indumentaria podía parecer ridícula bajo ese sol, pero sin embargo no dejaba de tener una gracia conmovedora. Se desprendía de él cierta elegancia y también una gran indiferencia hacia toda elegancia. No era ninguna extravagancia de su parte haber hecho a pie ese largo trayecto, porque no existía en esa época ningún medio práctico para franquear los diecisiete kilómetros que separaban Cabourg de Benerville. Pero el esfuerzo que debió realizar, y cuya fatiga se leía en su rostro, manifestaba su «gentileza». Nos habló del viaje con una malicia exquisita, sin sospechar que ese viaje, con el calor que hacía, era una prueba de amistad. Con el poder de adivinación que le distinguía, comprendió muy luego que yo deseaba impacientemente que me invitara. No dejó de hacerlo con una cortesía y una insistencia tan delicada que no me sorprendieron, aunque venían de un hombre de más edad que yo.

—¿Tuvo ocasión de volver a verlo a menudo en esa época?

—Volví a verlo en esa comida que se realizó algunos días más tarde. La esperaba con una impaciencia que no acertaba a explicarme. Marcel Proust nos acogió con una cortesía que yo pensaba que ya no existía. Habiendo llegado antes que los demás, nos dió a conocer el nombre de cada uno de sus invitados. Nos hizo el retrato de ellos y nos contó su historia. Nos habló sobre todo, largamente, del anciano marqués de N... que debía ser de los nuestros. Ese personaje parecía interesar muy particularmente su curiosidad y su bondad. Arruinado, abandonado por su mujer y sus hijos, después de una existencia llena de mujeres y de juegos, atáxico, medio paralítico, bogaba como un náufrago en ese inmenso hotel.

—En resumen, una figura destinada a entrar un día en la galería de retratos de *En busca del tiempo perdido*.

—Exactamente. Marcel Proust lo rodeaba de una discreta atención. Durante la comida supo ayudar todos sus gestos. Se habló de viajes... y cuando se pronunció el nombre de Constantinopla, recuerdo que recitó una extensa página de Loti. Me maravillé de su memoria y de esa página. Me miró con una cara sonriente y enmudeció; pero más tarde, en el momento de despedirnos, me dijo: «Lea el Índice Chaix, es mucho mejor...» Y se puso a repetirme nombres de países.

De esta manera conocí de golpe en los rasgos que componen su rostro, esa terquedad obstinada, esa bondad disfrazada, esa autoridad generosa, esa gentileza, esa perspicacia que lo hacen inolvidable.

A esta altura de la conversación, M. Gallimard se calla y me remite a las cartas que Proust le escribiera desde 1912 hasta su muerte.

Se encuentra en esas cartas una confirmación aguda a la tortura de Proust ante la sujeción que su deficiencia física impone a su modo de existir. «Cualquiera que lleve mi vida y sufra sin cesar, es casi un monstruo», escribió poco antes de su muerte. Pero, fuera de sus quejas referentes a lo precario de su salud, Proust confiesa en sus cartas, las preocupaciones de su espíritu relativas a su obra y esto merece ser examinado de cerca.

Me hace recordar que M. Gustave Tronche, entonces director comercial de la *Nouvelle Revue Française*, que llegó a ser uno de sus más queridos amigos, me refirió que la razón principal de la incompreensión de los editores ante la novela que el joven escritor les presentaba en las cercanías de 1912, se debía a la manera de escribir el manuscrito. En efecto, *Del lado de Swann* fué rechazado sucesivamente por la «*Nouvelle Revue Française*», por el «*Mercure de France*», Fasquelle y Ollendor, para ir a parar finalmente a las ediciones Grasset, que la im-



primieron en 1913 a expensas del autor, antes que M. Gastón Gallimard, que había llegado a ser dueño de las ediciones de la «Nouvelle Revue Française», se asegurara de la exclusividad de la publicación de la obra proustiana.

M. Gustave Tronche excusa en parte la ceguera de los asesores de esos célebres editores, afirmando que era casi imposible descifrar el manuscrito de «Swan», cubierto de borrones, de correcciones y de signos incomprensibles. El aspecto desordenado y la enormidad de ese montón de páginas desanimaron a los lectores profesionales.

Marcel Proust, en sus cartas a Gastón Gallimard, hace alusión numerosas veces a su manera de trabajar, o más bien a la manera de corregir su obra, porque los quince enormes volúmenes de *En busca del tiempo perdido* estaban en realidad escritos en 1912, cuando proponía el primer tomo a los editores. Esto es a lo menos lo que refirió M. Gustavo Tronche. El único, pero considerable trabajo de Proust consistió después en retocar casi íntegramente el texto.

Su conciencia de escritor era tal que la mayoría de las veces rehacía sus novelas en las pruebas. Escribía a Gallimard: «Tengo que trabajar enormemente, porque usted conoce el cuidado que pongo en no darle libros pésimos. Y vuelvo a comenzar por tercera vez mi *Prisionera*, de la que no estoy contento, pues me da un trabajo infinito descifrar las correcciones y agregados que he hecho a las páginas de mi dactilógrafa, que sin eso son claras». El mismo era incapaz de volverse a leer.

En otra carta demuestra la necesidad que experimenta de corregir sus textos hasta el infinito. «Querido amigo y editor, usted parece reprocharme mi sistema de retoques, reconozco que complica todo. Pero cuando me pidió que dejara a Grasset por usted, lo conocía, porque había venido con Copeau, quien ante las pruebas corregidas de Grasset, exclamó: «¡Pero es un nuevo libro!» Me excuso ante usted de dos maneras: la primera diciendo que toda cualidad moral tiene por función una dife-

rencia material. Ya que usted tiene la bondad de encontrar en mis libros cierta riqueza que le agrada, dígame que eso se debe, precisamente, al sobrealimento que les reinfundo mientras viven, lo que materialmente se traduce en estos agregados».

Este documento es de un inconmensurable valor psicológico. Después de haber obtenido el Premio Goncourt con su novela *A la sombra de las muchachas en flor*, constatando el éxito de este libro escribió: «No me produce ninguna vanidad, porque sé que la fama acompaña a menudo a los peores libros. No me produce vanidad, pero espero sacar de ella algún dinero». Y muy amistosamente sugiere a su editor diversos medios químicos para aumentar la difusión de su obra.

Y, más adelante: «Querido Gastón, esta eterna cuestión de intereses me cubre como un fango del que quisiera lavarme con un fraternal apretón de manos...».

Y estoy seguro que si usted me diera buenos consejos prácticos me haría un servicio mayor que pagándome más. Tanto nos enriquecemos disminuyendo nuestros gastos como aumentando nuestras rentas. Decirlo, no es acaso de un buen negociante, pero es la expansión de un amigo muy adicto».

¿No es exquisita esta manera de encarar las cosas materiales y comerciales tratándose de la pluma de un psicólogo, cuya sutileza no tiene igual en las letras francesas? Pero Proust ¿era en verdad sincero, cuando manifestaba tanta ingenuidad ante los problemas de la vida cotidiana? Es poco probable. Esta actitud formaba parte de la inagotable amabilidad que todos sus amigos se complacían en reconocerle. Ahora bien, esa exageración en la cortesía, que era una de las características de su exterior, era una especie de barrera que alzaba entre él y la sociedad. No quería dar a conocer nada del secreto de su ser y se refugiaba en la facilidad de las conversaciones mundanas, cuyos ritos constituyen un procedimiento tan perfecto de simulación e hipocresía; los que quisieron juzgarlo por la apariencia de su cortesía refinada y de sus atenciones delicadas y respe-

tuosas se expusieron a cometer profundos errores de interpretación.

El verdadero Proust es el Marcel de *En busca del tiempo perdido*, es el testigo feroz e implacable de ojos de acero que analizó con un rigor y una insensibilidad de sabio los rodajes de una sociedad en descomposición, que despreciaba y odiaba, sin duda, y de la que hizo el cuadro más cruel que un novelista haya trazado.

Pero es el caso que pienso lo siguiente: ¿No será por escrúpulo de haber penetrado en el verdadero y trágico destino de ese ser genial y diabólico, que sólo vivió para darle al mundo uno de los reflejos más patéticos, que Gastón Gallimard evita públicamente evocarle fuera del aspecto incoloro de un joven amable de mágica atracción?